



Desmenuzando unos textos empapados de vida

La Palabra Santa, que se proclama este domingo vigésimo octavo del tiempo ordinario, nos habla de la sabiduría que es buscada, porque es deseada, con corazón apasionado.

Proviene del latín “**sápere**” y significa “**tener sabor, ser sabroso**”. Gracias a ella, siempre don hermoso, somos capaces de comprender la belleza de la creación, saboreando el diario vivir. Nos ayuda a descubrir que, incluso las vidas más modestas son fuente de maravillas y se convierten en un motivo de asombro, abriendo, de este modo, nuestra mente al Creador en una dinámica de alabanza.

Es un don, de ahí la necesidad de pedirla con humildad de corazón. Brota “*de la boca del Altísimo*” -según se recoge en el libro del Eclesiástico 24, 3- a fin de llevar a cabo la hermosa tarea de iluminarnos por dentro, haciéndonos descubrir el buen olor de las cosas reales, de los seres queridos, de los afectos más profundos.

Cada mañana nos visita como la luz de la aurora que se estrena, haciendo posible que las cosas recuperen su color -así se celebra en el himno “**Nox et tenebræ**” compuesto por poeta hispano-latino C.A. Prudencio (348 d. C.-c. 410)-.

Pero no hemos de olvidar lo que Salomón nos dice: “*donde hay humildad habrá sabiduría*” (Pr 11,2)



y la sabiduría es el “**caldo de cultivo**” para poder seguir a Cristo. Esto significa que lo humano nunca se separa de lo espiritual, y que el conocimiento del Altísimo siempre va acompañado del personal. Es la experiencia de san Agustín, recogido en ese precioso libro que lleva por título **Soliloquios**, al decir “**conózcame a mí, conózcate a ti**”.

Este quehacer requiere atención y vigilancia interior. Capacidad de concentración y de escucha del silencio, que nos ayuda a redescubrir lo esencial gracias también a la soledad. Es entonces cuando se llega a **habitare secum**; es decir: a habitar nuestra interioridad dejando que nuestra propia verdad se vaya desarrollando en nosotros. La comprensión de la propia vida nos hace un ser consciente de los propios límites, de las negatividades personales, de las lagunas que tenemos y que normalmente tendemos a eliminar para no tener que reconocerlas.

El tomar conciencia de la propia indigencia, acompañado del saboreo del misterio de Dios, se convierte, entonces, en experiencia de gracia, de misericordia, de perdón. Lo que antes se conocía de oídas, pasa a ser vivencia personal.

Se trata, por tanto, de no separar estos dos momentos del camino espiritual cristiano:

a) **El saber de uno mismo.**

b) **El saber de Dios.**

Para poder llevar adelante este proceso se necesita escuchar con atención. Es lo que pide el sabio y, viceversa, es como el sabio se da a conocer. El libro del Eclesiástico (3,29) lo manifiesta con claridad al decirnos “*un oído atento es el deseo del sabio*”.

Escuchar con atención es un hermoso regalo: es cuando se percibe la solicitud de alguien y, de este modo, nos sentimos amados. **Escuchar** no es la capacidad de oír palabras, sino que **es el arte de intuir lo que nos están diciendo** y, de este modo, las personas se sientan comprendidas.

Esta práctica es fruto de toda una pedagogía que se puede resumir en tres apartados:

1º **Esfuerzo y pericia para silenciar** las opiniones propias, tratando de penetrar no sólo en las palabras que se dicen, sino también las emociones que se esconden detrás de lo que se dice.

2º **Evitar el juicio calificador** (positivo o negativo) y los consejos rápidos sobre la información recibida.

3º **Repetir lo que el otro ha dicho**, pero en forma de una pregunta que no necesita respuesta.

Esta manera de proceder facilita el diálogo cercano y sincero. Es, quizás, lo que le faltó al rico del evangelio para seguir las huellas de Cristo.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 89, 12.13.14.15. 16-17

Enséñanos a calcular nuestros años,
para que adquiramos un corazón sensato.
Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo?

Ten compasión de tus siervos.

**Por la mañana sácianos de tu misericordia,
y toda nuestra vida será alegría y júbilo.**

**Danos alegría, por los días en que nos afligiste,
por los años en que sufrimos desdichas.**

**Que tus siervos vean tu acción,
y sus hijos tu gloria.**

**Baje a nosotros la bondad del Señor
y haga prósperas las obras de nuestras manos.
Sí, haga prósperas las obras de nuestras manos.**

Es un salmo para rumiarlo en el corazón dejándonos iluminar por la claridad que desprende. A la luz de todo lo que nos dice, la única respuesta válida para el cristiano es la oración sencilla y humilde que hace Moisés: *“Enséñanos a calcular nuestros días, para que traigamos al corazón sabiduría”* (v. 12).

Le pidió a Dios que le enseñara a “contar” sus días, lo cual significa que él se dio cuenta de su fragilidad y su pecado, algo que nosotros también deberíamos hacer.

Hemos de reconocer que el solo hecho de que respiremos es un regalo. Debemos entender que so-

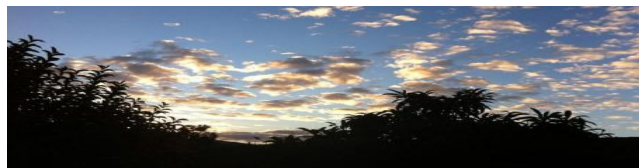
mos administradores de nuestra propia existencia, de modo que tendremos que rendir cuenta de nuestra vida. Además, “*contar nuestros días*” implica entregarnos a lo que realmente importa y a aquello que tiene trascendencia eterna. Así, nos esforzaremos por ser buenos administradores de nuestra interioridad, nuestra mente y nuestras fuerzas (Mr. 12,30).

Moisés quería que Dios le diera sabiduría para ser consciente de su fragilidad y descubrió que es un regalo.

Es un don del cielo porque abre dentro de nosotros el camino del aprendizaje, la experiencia y la humildad en relación con nuestro “yo”. Es una escuela del vivir porque nos posibilita valorar la existencia de los otros, como prójimos válidos y de quienes dependemos.

La fragilidad personal nos enseña a aceptar bondadosamente, con gozo, la interdependencia y la necesidad de compartir y cuidar de la casa común. Para esto se aproximó Dios a nuestra historia en Jesús; para participar junto a nosotros de nuestra fragilidad. Con su muerte y resurrección, Jesucristo hace suya nuestra debilidad; más aún: la restaura en el misterio de su pascua.

El vivir desde la fragilidad hunde sus raíces en los Padres del desierto (siglo IV), que supieron darle vueltas en el corazón a este precioso salmo, y nos enseñaron que si uno quiere conocer a Dios tiene que conocerse primero a sí mismo.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XXVIII “PER ANNUM” “B”



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Sabiduría 7, 7-11

Supliqué y me fue dada la prudencia, inviqué y vino a mí el espíritu de sabiduría. La preferí a cetros y tronos y a su lado en nada tuve la riqueza. No la equiparé a la piedra más preciosa, porque todo el oro ante ella es un poco de arena y junto a ella la plata es como el barro. La quise más que a la salud y la belleza y la preferí a la misma luz, porque su resplandor no tiene ocaso. Con ella me vinieron todos los bienes juntos, tiene en sus manos riquezas incontables.

Marcos 10, 17-30

En aquel tiempo, cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?»... Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre». Él replicó: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud». Jesús se quedó mirándolo, lo amó y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme».